

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—*Teatro Principal*, por D. Francisco Flores Arenas. = *El alcalde Ronquillo*; por Amoci!. *Conclusion.* = *Un amante desgraciado*, poesía, por D. Angel Menendez Llobera. = *Meditacion*, poesía, por D. Luis del Barco. = *Rugier de Lauriga*, por la Sra. Doña Felicitas Asin de Carrillo. = *Geroglífico*.

TEATRO PRINCIPAL.

Sin prueba plena, comedia en tres actos.

La enfermedad de la señorita Alvarez, si no ha paralizado la marcha de los trabajos de la compañía dramática, la ha dificultado al menos lo bastante para impedir se pusiesen en escena algunas de la muchas novedades que, segun tenemos entendido, hacen parte del repertorio preparado por el Sr. Sanchez Albarran. Este inteligente actor, consultando el corte de la compañía, no menos que el gusto hoy predominante en aquel público, se ha recintado á cierto género sin traspasar sus límites; y aunque nosotros no somos de los que creen que ese sea el solo bueno y el solo aceptable, parécenos que por ahora se hace bien en explotarlo exclusivamente, porque requiere menos elementos que otros, y porque la masa del público concurrente es aun bastante pequeña para que ante ella vaya á probarse fortuna en otra escala de trabajos.

Sin prueba plena, obra tambien del Sr. Serra, ha sido la única verdadera novedad dramática que ha tenido lugar desde nuestra última revista acá. De ella vamos á decir algo; porque escritores de tan fácil decir y de tan buen chiste como lo es el autor de la comedia en cuestion, merecen que la crítica se ocupe de ellos y con esmerada preferencia.

Debemos advertir, ante todo, que no teniendo á la vista la produccion ni habiéndola siquiera leído, pudiera acontecer que equivocásemos algun nombre y aun alguna circunstancia de su argumento.

Un tal D. Juan, hombre tan maduro como que no baja de los cincuenta, pero excelente señor, y

además muy rico, acababa de contraer matrimonio con una tierna y bellísima niña, la cual no habia sido sacrificada en este matrimonio, puesto que nació de su libre voluntad y que amaba á su marido no obstante la extraordinaria diferencia de edades.

Uno y otro habitaban accidentalmente en union de D. Blas y de su esposa, antitesis perfecta de la ya citada pareja. En efecto, D. Blas era jóven, buen mozo, alegre y calavera. Su esposa viuda, vieja, fea y fastidiosa; pero aquel no tenia una peseta ni como ganarla, la viuda fué su providencia, pagó á sus acreedores, y el mozo acabó por casarse con ella, no por cariño ni por gratitud, sino por comer, por gastar, por no verse obligado á ocuparse de nada, por comprarse en fin otros placeres con el dinero de su muger, la cual no hay ya que decir que era cordialmente odiada de su cónyuge; pues aunque ella loca de amores por él, no le molestaba con sus genialidades ni menos echándole en cara sus beneficios, al cabo pretendia, y en verdad no sin razon, que la demostrase toda la ternura y todas las delicadas y mimosas atenciones de un esposo enamorado.

Ya se comprende que estos cuatro caracteres que acabamos, de delinear pueden ser fecundos en situaciones dramáticas y cómicas; pero tambien se comprende que por lo mismo han sido ya frecuentemente manejados en la escena, lo cual les quita en parte el aliciente de la novedad. Veamos ahora el partido que de ellos se ha sacado en el actual argumento, á cuyo efecto importa dar á conocer otros tres personajes destinados á completar el cuadro.

Es el uno un jóven abogado, amigo íntimo desde la infancia de la esposa de D. Juan, y al que este profesa un afecto muy sincero, justificado por su talento y sus prendas de honradez. Tenemos allí además una jóven de diez y seis años, hija de la viuda, á quien su madre viste todavía de corto, para que suponiéndola mas niña de lo que es venga á recaer sobre ella la rebaja de edad que aparece por el traje. Esta muchacha tiene un novio vergonzante, mozalvete bobalicon, pero audaz á fuer de enamorado y de tonto, el cual le pasea la calle, hace centinela en la esquina y se sienta en el portal de enfrente, sin que en la casa atribuya nadie tales esterioridades á su verdadero motivo, siendo,

por el contrario, origen de las peripecias que allí surgen, según vamos á ver.

Las continuas lamentaciones de Blas respecto á su desagradable posicion matrimonial, posicion que él no sin motivo atribuye á la desigualdad de edades, despiertan los recelos de D. Juan, que aunque hombre de sensatez y de buen juicio, al cabo no desconoce que sus años son mala garantía de seguridad en el amor de una jóven de tanto mérito como el que á su esposa adorna. Esta suspicacia sube de punto al ver las tenaces manifestaciones del mozalvete de la esquina, cuyo objeto ignora; pero llegan sus sospechas á un extremo casi de evidencia al llegar casualmente á sus manos una carta que el abogado dirige furtivamente á su muger; y aunque no osa romper el sobre, porque su delicadeza se lo impide, trae á la memoria la antigua intimidad que entre aquel y esta ha existido, bien así como la tristeza que en él observa desde el instante en que se verificó su casamiento.

Mientras esto ocurre, un incidente hace que vayan á poder de Blas cartas destinadas á su hijastra por el novio, é imagina que se dirijen á su esposa. Monta en cólera y hasta tiene celos, por mas que le parezca mentira que haya quien ponga acechanzas á la virtud de su vetusta consorte. Ambos irritados tratan con dureza á sus esposas; la jóven, al verse sospechada, cae con un desmayo; la veterana se aflige, pero en rigor no le pesa, como ya puede suponerse, y el mocito, que ha hallado ocasion de introducirse en la casa, complica el negocio por efecto de su misma ingenuidad, que sin embargo se atribuye por ambos celosos, á doblez hija de un precoz libertinage.

Al cabo todo se esplica satisfactoriamente. Una palabra de la niña, corroborada por el amante, basta á destruir las sospechas de Blas. Lo otro no era tan fácil. Sin embargo, el abogado tiene una esplicacion franca con D. Juan. Es cierto que en algun tiempo abrigó oculto en su corazon un vivo amor hácia su amiga de la infancia; amor que ella ignoró siempre, porque él era pobre entonces. Cuando la vió solicitada por un hombre honrado y rico renunció á todas sus esperanzas, y á su influjo se debió la aquiescencia de la que ya era esposa de D. Juan. Para curarse del todo le escribia aquella carta rogándola le diese esposa de su propia mano y despidiéndose de ella. La carta es quemada sin leerse, y el marido vuelve á tener ciega confianza en su muger.

Este desenlace, como se vé, no es natural ni lógico. ¿A qué venia aquella carta colocada furtivamente debajo de la escribanía? ¿Si el marido no la lee, cómo tiene completa seguridad en que sea aquello mismo lo que dice? Que sobran motivos de sospecha es indudable, pero tambien lo es que estas sospechas no quedan sino imperfectamente desvanecidas, y tanto mas cuanto que al pronunciar D. Juan de propósito el nombre del abogado, nota cierta conmocion que su esposa en vano trata de disimular, y que despues ni se esplica ni se trata de inquirir siquiera, por mas que mereciese la pena.

Este es uno de los mas notables defectos que he-

mos hallado en la comedia. Otro es la falta de novedad en algunas situaciones. Los amores de los dos jóvenes y su influencia en la accion se parecen como dos gotas de agua á los amores de aquel otro par de pollos de la comedia *El hombre de mundo*. En el juvenzuelo se descubre el mismo carácter, sobre él recaen las mismas infundadas sospechas, formuladas del mismo modo.

Fuera de esto, la comedia abunda en chistes y en buenas situaciones. Entretiene y hace reir, los personajes están bien delineados y no se desmienten nunca.

La egecucion fué acertada. El Sr. Sanchez Albarán nos caracterizó un calavera con todos los buenos rasgos de este tipo cómico. El Sr. García Delgado estuvo bien en el papel de D. Juan, y poco ó nada dejaron que desear en los suyos la señora Rodriguez y las jóvenes Castro y Marquez. El Sr. Fernandez, en el corto que tuvo á su cargo, sacó todo el posible partido. La obra en fin agradó.

Una zarzuela se ha puesto en escena por primera vez, y lleva por título *Casado y soltero*. Tiene un solo acto, y su argumento es el de una pieza muy conocida, titulada *El marido soltero*. No podemos hablar por hoy de esta produccion porque aun no la hemos oido bastante, pero diremos desde luego que ha agradado.

De ella esperamos ocuparnos en breve.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

EL ALCALDE RONQUILLO,

EPISODIO DE LA GUERRA DE LAS COMUNIDADES

POR AMOCIL.

A D. Federico del Olmo.

(CONCLUSION.)

El conjunto al resplandor de la luna era triste, tristísimo.

Como á las once y media ó doce horas de aquella noche fatal, en que los vecinos de la pobre Villalar creian lo que menos desatado á todo el infierno, deslizóse por entre los cadáveres y los bagajes echados en tierra, un embozado que no llevaba mas compañía que una linterna cubierta. Algo de misterioso y de solemne habia en aquel ser que á la media noche y vestido con un traje negro y recatado hasta los ojos, se daba á recorrer y revisar un campo de batalla, despues de quedar este absolutamente abandonado y muerto. Un campesino lo habia creído un espíritu infernal.

El tal embozado, que bajaba su linterna hasta la cara de todos los muertos, despues de haber paseado, mirado sin fruto durante una hora, tropezó al fin con el objeto que á aquel triste lugar le llevaba.

Arrimó dos veces la linterna á un cadáver, y se convenció de que era el que buscaba.

Tiempo es ya de decir que el explorador era Cristóbal de Mondragon, y lo hallado el cuerpo de Juanes de Echevarría, muerto en la batalla.

Cristóbal que habia jurado por su honor y poniendo de testigos á sus padres, no volver al campo de Haro ni tomar partido tampoco por los comuneros, se despidió en Torre-Lobaton de Juanes pretestando que tornaba ya á su hogar paterno. Pero como quiera que al llegar á Valladolid tuviese noticia del apuro en que se veían las tropas de Padilla, á consecuencia de la defeccion de Giron y las locuras de la reina Juana, quiso antes de volver á sus montañas patrias leer en el campo mismo la última página del glorioso alzamiento iniciado en Segovia.

Para conseguir su deseo, y valiéndose de mil disfraces que así lo ocultaban á los ojos perspicaces del alcalde Ronquillo como á la vista de los comuneros, siguió tras de ambos reales indistintamente el curso de las operaciones de los dos ejércitos.

Desde Villalar presencié la rota de los comuneros, y la primera noticia que recibí de los realistas, al entrar estos victoriosos en el pueblo, fué la muerte de Juanes. Disimuló su dolor ejerciendo una gran fuerza de voluntad, á la vista de aquella gente, por quien entonces pasaba por un estudiante de teología entusiasta de la causa del emperador.

Vínosele á las mientes á guisa de revelacion la idea de que Juanes, ó bien no habia muerto aun, ó tendria depositada en su pecho alguna prenda de amor, llevando la cual, podria Cristóbal prestar un gran servicio y pagar al muerto la bondad del vivo.

Por eso lo vemos escudriñando el campo, por eso asomó á sus labios una sonrisa ténue de satisfaccion, al sacar de una de las faltriqueras de Juanes una carta dirigida á Elvira como en son de profecía, cuyos términos breves y sentidos eran estos:

"Elvira;—Si algo vale para tí la memoria de Juanes, te ruego, en obsequio á ella, que si muero en la jornada de Villalar y en ella muere mi patria, no te cases jamás con ninguno de los hombres que directa ó arteramente han contribuido á la muerte de tu hermano y clavado un puñal en el seno de la España libre."

Sin duda el capitán, al escribir esta carta, encargó á alguno de sus compañeros ó á varios, que si le sobrevivían la llevasen á su destino; pero sea que hubiesen huido ó muerto, es lo cierto que no tenia traza de cumplirse el deseo de Juanes, á no trocarse en bien la impaciente curiosidad de Cristóbal.

Sobre el cadáver del capitán estaba Cristóbal, dando en su fría frente el último ósculo de la amistad, cuando otro personaje, de negra catadura y embozado tambien se paró frente á él, cruzando los brazos y alzando con gesto de soberana altivez su bien formada cabeza.

—¿Háse convertido, dijo, mi jóven alférez en ratero de campos de batalla?

Al verse de tal modo sorprendido é interpelado con tanta violencia, levantóse súbitamente Cristóbal y en tono enérgico replicó:

—Creia yo que Ronquillo, el gobernador huido

de aquel Castillo, donde yo derramé mi sangre, no era á la verdad la persona mas autorizada para increpar tan villanamente á Cristóbal de Mondragon, á quien debe su honra. Imitando á las aves de mal agüero, vuesa merced alza el trono de su fatídico poder de noche y en lugares como este. Ya sospechaba yo que al cabo nos habíamos de encontrar de frente.

Ronquillo contestó con la risa en los labios, y luego que se hubo enterado del objeto que allí llevaba Mondragon, revistiendo á sus palabras de aquel aire de proteccion que le caracterizaba, se despidió diciendo:

—Buen viaje, mi alférez, tomad dos meses de reposo en vuestra casa, y pues que los malos conatos con las buenas acciones se compensan, id luego á Flandes y á la Italia, donde encontrareis un vasto campo para esplotar vuestros talentos y valor...

Al dia siguiente, al salir de Villalar vió Cristóbal con dolor profundo levantadas las horcas, donde debian morir poco despues Padilla, Bravo y Maldonado.

En Valladolid dias mas tarde, nuevas horcas; y en todas partes suplicios, condenados, lágrimas y horribles venganzas.

Un mes no habria corrido desde la rota de Villalar, cuando la profesion de una religiosa atraia numerosa y escogida gente al templo de uno de los mas célebres conventos de la provincia de Alava. La nueva esposa de Cristo era Elvira de Baraona, cerca de la cual habia cumplido su mision y agotado todos los consuelos de un corazon grande Cristóbal de Mondragon. Este, lacerado el corazon por tantos dolores, pero virgen aun su amor á la gloria de la patria, marchó en seguida á las húmedas playas de la Alemania Baja, donde sus hechos gozan de fama inmortal.

Las proezas del insigne compañero del *Rayo de la guerra*, Sancho de Dávila, son harto conocidas del que algo sabe en la historia de España, para que tengamos que repetirlas en este sitio.

Concluiremos diciendo con Miniana, que el maestro de campo Cristóbal de Mondragon y Otálora, muerto á la edad de noventa y un años, fué quizá el primero de los soldados de su siglo.

UN AMANTE DESGRACIADO.

Busco alegría do quiera,
quimera;
solo encuentro mas pesar,
ni llorar
quiso el cielo que pudiera.
¿No sabré remedio hallar
sin mirar
de mi amor los lindos ojos?
Imposible, sus enojos
han sabido
mi ventura arrebatar.

Matóme la ingrata,
de muerte me hirió,
sus ojos hermosos,
su gracia, su voz,
hirióme al punto
cual rayo veloz.

La dije «te quiero»,
mas cruel se burló
dejándome ¡ay triste!
sumido en dolor.
Si escuchas mis quejas
responde mi amor.

En pago te ofrezco
mil trovas cantarte.
No ves que padezco
por solo adorarte.

Y quiero servirte
esclavo de amores,
y versos y flores
verasme rendirte.

Tenerte á mi lado
con suaves caricias,
gozar las delicias
que presta el amor.

Tan solo un momento....
¿me quieres oír?
mitiga el tormento
del alma que adora....
ó dime, señora,
que debo morir.

ANGEL MENENDEZ LLOBERA.

EDITACION.

¡La vida! Mas ¿qué es la vida?
luenga cadena de males,
gozo, alegría mentida,
dulce engaño de mortales.

Bella flor á quien marchita
el aliento de la muerte,
navecilla que se agita
al embate de la suerte.

Cedro que ostenta hoy ufano
su frondosidad lozana,
al que con impía mano
la Parca siega mañana.

Ficticia felicidad,
hermosa ilusion dorada,
¡cuán presto el tiempo fugaz
te ha trocado en triste nada!

Las miserias de la vida
¡cuán grandes, Dios mio, son!
¿quién la redujo á medida?
¿quién de ellas hizo el padron?

Aquel en la mar perece
y entre la ola bravía
su juventud desaparece
cubierta de noche umbría.

Este deja de existir
bajo el golpe de la daga,
y su valor, al morir,
y su heroismo se apaga.

Quien muere en un cataclismo,
quien en lenta calentura
se ve bajar á el abismo
de la hedionda sepultura.

La vida corre veloz,
sucumben generaciones,
corta la tremenda hoz
sabios, ricos, infanzones.

¿Dónde está aquel Alejandro
que tuvo á sus pies el mundo?
en un hoyo descansando
del olvido en el profundo.

¿Qué fué de aquel Ciceron
que á Roma llenó de asombro?
es ya polvo y confusion,
yace entre ruina y escombros.

De Felipe las grandezas,
las invencibles armadas,
de los Cides las proezas,
¿dónde están ya? Sepultadas.

¿Qué se hizo la beldad
que á Troya cubrió de enojos?
es ceniza y vanidad
envuelta en frios depojos.

El gran Crespo, sus riquezas,
su pedrería y tesoro,
su sed insaciable de oro....
todo se volvió pavesas.

¡Riqueza, hermosura, gloria!
el tiempo te dispuso
y en los fastos de la historia
solo el recuerdo quedó.

¡Ah! ya sé yo lo que son
de la vida las grandezas,
sus honores y riquezas....
¡Vanidad, polvo, ilusion!

LUIS DEL BARCO.

RUGIER DE LAURIGA.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.^a FELICITAS ASIN DE CARRILLO.

SEGUNDA PARTE.

(CONTINUACION.)

En vano he esperado ocho días; mas como dicen
que pobre porfiado saca mendrugo, resolví estarme
á la capa siempre rondando la mansion de esta nue-
va señora de mis pensamientos y atesorando á ve-
ces la esperanza de que quizás á las altas horas de
la noche, me seria dado penetrar en aquella casita
donde se encierra un tan envidiable tesoro. Embó-
zado, pues, hasta los ojos hallábame la noche pa-

sada recostado en una puerta, situada enfrente de la de mi bella, cuando vi que otro embozado aparecía por la esquina de la misma calle; seguido á cierta distancia por otros dos hombres que como él llevaban los rostros cubiertos con negros antifaces y que sin duda le iban guardando las espaldas. Mi hombre fué acercándose hácia donde yo estaba....

—Era tal vez algun importuno rival que se atravesaba en vuestro camino?

—Eso mismo pensé yo al verlo pararse al pié de las rejas de mi desconocida, continuó D. Alonso dirigiéndose á Juan que era el que le habia hecho la pregunta anterior; pero me hallaba decidido, añadió, á no ceder el puesto á ningun otro y cuando le vi mirar con tanto ahinco me adelanté hasta ponerme cara á cara con él. Al verme pareció que le sorprendia en extremo mi inesperada presencia, pues sin duda no me habia visto, y retrocedió dos pasos, los cuales adelanté yo diciendo.

—¿Se puede saber, buen amigo, lo que buscáis por aquí?

Entonces el embozado, á pesar de la oscuridad de la noche, me debió reconocer perfectamente y me dijo en tono seco y burlon.

—¡Hola! ¿Alonso de aventuras? Al oír aquella voz quedé aterrado, porque.... ¿quereis saber quien era el que así dijo?

—¿Algun amigo tal vez?... observó Juan.

—No, señores; era.... pero silencio no sea que nos oigan, continuó D. Alonso bajando la voz y mirando con precaucion á todas partes; era.... el rey.

—¡El rey! repitieron todos á un tiempo.

—Sí, el rey que tambien iba en busca de una beldad.

—Y esa beldad ¿era la vuestra? preguntó Pedro con cierta inquietud.

—No, es otra que vive en la misma calle y que en aquel instante se hallaba conversando amorosamente con este afortunado mortal, repuso D. Alonso dando dos golpecitos en el hombro de Benavides.

—¡Connmigo! estais muy equivocado, caballero de Molina.

—Pues yo os digo, añadió este con demasiado atolondramiento y sin calcular el mal resultado que podia dar de sí su impremeditada revelacion, que es en vano negarlo, puesto que vos sosteniais larga plática con Elvira, razon por la cual el rey, menos afortunado que vos, no pudo llegar al sitio donde se proponia.

—El rey apetece á esa dama? preguntó Pedro que estaba pálido como un cadáver, recordando al mismo tiempo las palabras de Doña Ana.

—Sí, amigo, contestó D. Alonso con la mayor naturalidad.

—El rey no puede querer á Elvira, replicó Benavides advirtiéndole la turbacion de Pedro y mirándole de reojo con aire provocativo; el rey sabe que dentro de poco será Elvira mi esposa; y por lo que toca á ese hombre que, según decís, estaba la noche próxima pasada en su reja, puedo aseguraros,

querido Alonso, que no era yo.... seria tal vez algun importuno, algun necio que se vale de esos medios porque sin duda no tendrá valor para disputármela con su espada. ¿No es cierto caballero Pedro de Carvajal?

—Tan no es cierto repuso este, como que desde ahora me teneis dispuesto á castigar vuestra presuncion. El amante de Elvira, que es correspondido por ella, no os teme ni os ha temido jamás.

—¡Mentecato! dijo Benavides con aire de desprecio; ¿vos amado de Elvira?

—¿Y por qué nó?

—Porque sois poca cosa para ello.

—¡Mentís! gritó Pedro apretando un brazo de su rival; soy tanto y mas que vos y os lo probaré ahora mismo si gustais.

—Soltadme, ó vive Dios que voy á pegaros en presencia de toda la corte!

Los palaciegos habian rodeado á los dos rivales y el de Molina se esforzaba inútilmente por separarlos.

—Seguidme, dijo Pedro á Benavides.

Al mismo tiempo se abrió la puerta que servia de ingreso á la cámara real y un ugier ó portero de estrado exclamó en alta voz:

—¡El rey!

Los cortesanos se descubrieron todos respetuosamente retrocediendo hácia los ángulos de la antecámara y abriendo calle al monarca, que precedido de un guardia de honor y seguido de algunas personas de su servidumbre, pasó á lo largo sin hacer caso apenas de los saludos que todos le dirijian. D. Fernando se apoyaba en el brazo de D. Lope de Haro y sostenia con él en voz baja una conversacion bastante tirada; los dos parecían bastante preocupados y en particular el rey cuyo rostro revelaba una grande inquietud.

Después que ambos conferenciaron algunos minutos, el rey pareció fijar por primera vez la vista en aquella multitud de caballeros que poblaba el salon; hizo un ligero movimiento de cabeza y luego les dijo en voz alta:

—Que nadie salga hoy de palacio sin mi permiso.

Luego se dirigió hácia el grupo que formaban los Carvajales, el de Medina y Benavides y encarándose con este último prosiguió.

—Seguidme, tenemos que hablar.

Benavides se acercó y besando la mano que el rey le tendiera se mostró dispuesto á obedecer sus mandatos.

—Escuchad, Lope, dijo el rey antes de salir; dentro de un cuarto de hora estarán aquí los demás infanzones, caballeros y caudillos del reino que todavía no han llegado; haced que abran las puertas del salon del trono y que todos estén prontos á oír lo que tengo que decirles.

Y acercándose mas al mismo D. Lope le dijo en voz baja:

—Pues que es fuerza escarmentar á los traidores hagamos que sea sonada nuestra justicia.

El rey salió por una puerta en compañía de Benavides mientras D. Lope lo hacia por otra con ob-

jeto de dictar las disposiciones convenientes acerca de lo que el rey acababa de decirle.

Cuando los cortesanos volvieron á encontrarse solos y respiraron con mayor libertad, las mismas magnitudes de antes se posesionaron de todos los espíritus. Divididos en varios grupos, en vano trataban de explicarse aquellos preparativos y aquellos misterios. La creencia de que algo de notable y siniestro debía ocurrir era general. Todos temían y nadie acertaba á definir la razón de su temor.

—Sabeis, señor de Molina, decía uno de los presentes dirigiéndose á D. Alfonso, que el rey parece mas taciturno y sombrío que nunca? ¿no habeis visto su ademan reservado y lo siniestro de su mirada cuando hablaba con el nuevo favorito, el bueno de D. Lope de Haro? Por otra parte, yo creo que al salir no pasó desapercibida para él la reyerta de Pedro Carvajal con el caballero Benavides.

—Teneis razón, y al llamar á este último parece que corrobora vuestra sospecha.

—Ello es, que el palacio se va llenando de gente, que la ciudad está atestada de tropas y que ninguno de los que formaban la camarilla del infante asoma por ningún lado. Repito que nada de esto me parece satisfactorio.

—En cuanto á eso, dijo el de Molina encojiéndose de hombros, por mi fe os juro que no me importa un bledo; bueno es que la situación respectiva de cada uno se vaya aclarando y que cada cual ocupe su puesto si hemos de llegar al fin á un desenlace mas ó menos pacífico. Lo que sí sentiría es que aquellos nobles y pundonorosos jóvenes (y el de Molina fijaba sus ojos en Pedro y en Juan que hablaban entre sí) atrajesen hoy sobre sí la ojeriza del rey. D. Fernando no parece dispuesto en este momento á tolerar chanzas de ninguna especie y la broma ha sido un poco pesada.

—¡Ya lo creo! como que Pedro estuvo á punto de poner su mano en el rostro de Benavides cuando el rey salió por aquella puerta; mas hablando entre los dos con franqueza, yo no sé por qué han de inspiraros tantas simpatías esos caballeros.

—¡Oh! si vos los conociérais....

—Tal vez no los conozca tanto como vos; pero he oído decir que son demasiado tibios en defender los derechos de D. Fernando y aun se ha murmurado que servían, si bien de un modo solapado, la causa de los revoltosos.

—Es una calumnia, caballero, replicó D. Alonso con aire de convicción; en Castilla no hay una persona mas leal ni que tenga un alma mas delicada que los dos hermanos á quienes aludís.

Mientras esto decían el de Molina y su interlocutor, Pedro y Juan fijaban sus ojos atónitos á través de los vidrios de una ventana en cuyo alfeizar se habían recostado. Las avenidas del palacio estaban inundadas con una gran multitud de gente del pueblo que, á pesar de su curiosidad, tuvo que despejar las puertas y gran parte de la plaza rechazada por un gran piquete de ballesteros del rey. La ebullición que reinaba dentro de la mansión real se había comunicado al exterior y aquel

pueblo, cuya actitud parecía inofensiva, no dejaba sin embargo de dar, de vez en cuando, vivas al rey que se propagaban é iban á resonar por todos los ángulos de la población.

—¿Qué tienes, Juan? Preguntó Pedro á su hermano estrechándole una mano cariñosamente; estás trémulo y conmovido y apenas aciertas á pronunciar una sola palabra. ¿Teméis por ventura que el rey?...

—Lo que temo, respondió el interpelado, puede que te parezca un delirio; pero no debo callar por mas tiempo porque el corazón me está saltando de inquietud. Por mas que hago por olvidar las revelaciones y la predicción de nuestra prima, lo cierto es que no se separa un instante de mi memoria.

—Eres un niño, Juan.

—Eres demasiado confiado, Pedro. Las revelaciones de Ana las ha confirmado no ha mucho el relato de D. Alonso de Molina; el rey ha pasado junto á nosotros sin saludarnos; pero en cambio te ha dirigido una mirada llena de rencor, una mirada que me ha hecho estremecer. ¡Oh! si amas tu vida, Pedro, huyamos de aquí; una voz secreta me está gritando dentro del alma que nuestras cabezas están amagadas y este palacio me parece un calabozo.

Pedro estaba pálido y acaso participaba ya de los temores de su hermano; pero hizo un esfuerzo sobre sí y dejó escapar una ligera sonrisa.

—Veo, dijo, que nuestra prima te ha trastornado el cerebro.

En aquel instante todos los cortesanos se pusieron en movimiento. El balletero mayor del rey anunció que este iba á entrar en el salón de audiencia, al cual todos podían pasar.

Los cortesanos corrieron en tropel á ocupar el puesto que á cada uno le estaba designado, según su jerarquía y posición.

El rey con cetro y corona y cubierto con el regio manto, acababa de subir las gradas del trono, donde ya se habían colocado los maceros, vestidos de gala y en guardia de honor. Los altos dignatarios, los personajes mas importantes del clero y la nobleza; los empleados de la real casa, los caballeros, los hidalgos y los capitanes de mesnada, llenaban el resto del salón guardando el mas profundo silencio.

Así que todos hubieron entrado el rey tomó la palabra y les habló en estos términos:

—Estoy en la inteligencia, dijo, de que me hallo en esta ocasión al lado de todos aquellos mis leales vasallos á quienes mi padre ó yo hemos distinguido con nuestro aprecio y confianza. Todos me habeis jurado pleito-homenaje y sumisión, y es justo que en ocasiones dadas cuente yo con vosotros.

Oid.

Cuando por muerte de Doña Isabel, muger de D. Juan de Lara el mozo, el señorío de Molina recayó en poder de los reyes de Castilla, como deudos mas cercanos que eran, D. Juan de Lara el mozo se creyó desairado y tuvo tanta audacia que llegó á rebelarse contra la autoridad de su amo y señor, mi augusto padre el rey D. Sancho. La

tempestad sobre
de pint
tuvimos
el bravo
dernos
chillo q
tuvimos
llana á
su rey,
nidad. F
mera lír

Mi p
paro de
sotros; r
migo á
tamento
que yo
que des
ra de es
do D. J

El re
—Lo

las cosa
obligaci
hayais e
balletero
y respo
dirijiros
de los fa
—¡N
tesanos

—De

En vez
estado,
leyes á
sometid
mi volu
trató de
rando e
tardas a
piracion
tantes a

—Sí,
—Pe

el rey
castiga
plar: d
sirva d
estos m
Lara y
cuenta
El a
se mira
El rey
con la

—¿E
—Si
vijilada
ningun

(1) H

tempestad que por culpa suya rugió desencadenada sobre los estados de Castilla no tengo necesidad de pintárosela; lo cierto es que, así como entonces tuvimos caballeros tan grandes y tan leales como el bravo Alonso Perez de Guzman, que por defendernos una plaza facilitó con su propia mano el cuchillo que debia traspasar las entrañas de su hijo, tuvimos tambien para baldon de la alta prez Castellana á hombres ambiciosos que moviesen guerra á su rey, comprometiendo nuestra paz y nuestra dignidad. Entre estos últimos hombres figuró en primera línea el doscontentadizo D. Juan de Lara.

Mi padre murió y me dejó muy niño bajo el amparo de mi madre; y de la lealtad de muchos de vosotros; mas conociendo la seguridad de aquel enemigo á quien habia querido atraer, puso en su testamento, contra su voluntad acaso, una cláusula que yo he acatado hasta ahora: esa cláusula era que despues de mi madre, tutora mia y gobernadora de estos reinos, ocupase el segundo lugar en todo D. Juan de Lara (1).

El rey hizo una breve pausa y luego añadió:

—Los que tengais formada una idea exacta de las cosas del mundo; los que sepais cumplir con las obligaciones que impone un deber sagrado; los que hayais estudiado las nociones del honor y de la caballerosidad, podeis poner la mano en vuestro pecho y responder con franqueza á la pregunta que voy á dirijiros; ¿se ha mostrado digno D. Juan de Lara de los favores que el rey mi padre le concedió?

—¡No! no! gritaron á una voz casi todos los cortesanos.

—Decís bien, continuó el rey, no ha sido digno. En vez de contentarse con ser el tercer poder del estado, ha querido sobreponerse á todos y dictar leyes á su señor sin ver que este no era ya un niño sometido á su potestad. Desde el momento en que mi voluntad soberana no quiso ajustarse á la suya, trató de ponerse en abierta rebeldia y ora conspirando con el infante D. Juan, ora sosteniendo bastardas ambiciones, ha llegado á fomentar una conspiracion perpétua que está bullendo en estos instantes aun dentro de los muros de mi corte.

—Sí, sí; volvieron á exclamar los cortesanos.

—Pero la hora de la espacion ha sonado, gritó el rey con varonil acento; la justicia va pronto á castigar á los traidores y mi justicia debe ser ejemplar: debe ir á consignarse en la historia para que sirva de escarmiento á los hombres desleales. En estos mismos instantes el infante D. Juan, el de Lara y todos sus allegados no ven que se encuentran al borde de un precipicio. ¡Desdichados!

El acento del rey era terrible y los que le oian se miraban unos á otros llenos de asombro y pavor. El rey se puso de pie, repentinamente y buscando con la vista al caballero D. Lope de Haro le dijo:

—¿Habeis hecho todo lo que os tengo prevenido?

—Sí, señor, respondió D. Lope; sus casas están vijiladas desde antes de amanecer y es regular que ninguno pueda escaparse.

—En ese caso, dad la señal, respondió el rey con acento cada vez más reconcentrado.

D. Lope hizo entonces una señal, dirijiéndose á una de las puertas del salon y pocos segundos despues las campanas de la vecina iglesia de San Pablo produjeron algunos sonidos lúgubres que repitieron luego las demás iglesias de la ciudad.

El espanto se posesionó de todos los corazones porque todos ignoraban lo que aquello podia significar.

El pueblo que continuaba afluyendo á los alrededores de palacio, empezó á gritar desaforadamente, dando nuevos vivas al rey. Entre aquellos gritos se oian clara y distintamente otras voces que decian.

—¡Mueran los traidores! ¡Abajo los de Lara!

El tumulto y la agitacion fueron creciendo; las voces se iban acercando y D. Lope, tomando la venia del rey salió á ver lo que aquello significaba. Cuando volvió á entrar en el salon su rostro estaba pálido y desencajado.

—¿Qué es eso? preguntó el rey lleno de inquietud.

—Los traidores se han fugado.

—¿Que se han fugado! ¿cuándo? ¿á dónde?

—Yo no sé quien ha podido avisarlos, señor, replicó el de Haro; lo único que puedo deciros es que han debido marcharse á la media noche y que todos van segun acaban de decirme en direccion á Tordehumos.

—Sí, sí, respondió el rey; es la plaza que yo regalé al de Lara. Dad nidos á los cuervos...

D. Fernando despues, de una breve pausa levantó la cabeza y exclamó lleno de rabia:

—¡Tordehumos! creerán que no tengo bastante valor y bastante poder para ir á buscarlos dentro de su guarida. ¡Insensatos! Mañana mismo cuando despunte la aurora iremos todos sobre ellos. Ya lo habeis oido todos, señores; los desleales nos declaran la guerra. Preparaos, pues, á marchar á Tordehumos.

La audiencia estaba terminada; el rey bajó del trono y se retiró en medio de las unánimes demostraciones de adhesion que todos le manifestaban. A pesar de todo se creia herido en su amor propio y deseaba vengarse á toda costa.

Los cortesanos se fueron retirando poco á poco con objeto de hacer sus preparativos de viage.

Los Carvajales que se habian quedado de los últimos iban ya á hacer otro tanto, cuando se vieron detenidos por el caballero Benavides!

—Tomad, dijo este saliéndoles al paso y entregándoles una orden del rey.

—¡Sois un miserable! dijo Pedro despues de haber leído aquella orden, mientras Juan, que acababa de fijar sus ojos en ella, decia lleno de desaliento,

—¡Qué afrenta! ¡Dios mio! nos manda que salgamos desterrados.

—No seais necio, añadió Benavides contestando al insulto que Pedro le dirijia; vos vais desterrado y yo salgo para Palencia á fin de casarme con Elvira. Si yo hubiera sido un miserable os hubie-

(1) Histórico. V. el testamento del rey D. Sancho.

ra cortado los vuelos é impedido que pudieseis ir en mi busca. Os digo que voy á Palencia y que allí me hallareis á toda hora.

—¡Gracias! respondió Pedro alargándole la mano, no tardaré mucho en ir á buscaros.

Mientras los dos rivales se separaban, el rey sostenía con el de Haro un corto diálogo.

—Ha sido una torpeza, decía D. Fernando con mal humor.

—Ha sido que nunca faltan traidores, respondió D. Lope; cuando las campanas dieron la señal de prenderlos ya hacia bastantes horas que ellos se habían fugado.

—Tienes razon, dijo el rey; pero ya los escarmentaremos. Dicta, pues, todas tus disposiciones y mañana....

—Mañana, señor, estaremos en Tordehumos.

—Sí, sí, á Tordehumos, á Tordehumos, repitió el rey, apretando los puños y embargada la voz por la cólera que le dominaba.

CAPITULO X.

Tiempo es ya de que fijemos nuestra vista en Rugier á quien dejamos despidiéndose de D. Lope montando á caballo y alejándose de la corte castellana.

Pocos dias despues de su salida de Valladolid se apeaba con cuatro de los mas leales servidores del de Haro, todos vestidos de aragoneses, porque de otro modo no hubieran podido atravesar los lindes de ambos reinos, al pié de los muros de un antiguo castillo de Navarra.

Al llegar á aquel sitio, Rugier dirigió una mirada indagadora en torno del edificio; pero nada, absolutamente nada de nuevo observó en él. El sombrío castillo de Guevara se alzaba imponente y amenazador en medio de la soledad, como si ningún ser humano hubiese habitado jamás dentro de sus murallas.

Lauriga se quedó un instante pensativo sin saber que partido adoptar, toda vez que no podía valerse de medios violentos, ignorando como ignoraba si los habitantes de aquella fortaleza podían contar con grandes elementos de resistencia. Sin embargo de que como hemos dicho no se veía un alma encima de aquellos lienzos de granito, podía suceder que de un momento á otro, la voz de un vijía les pusiese en conmocion, atrayendo un ballestero á cada almena y á cada una de aquellas ojivas que en las torres mas altas se divisaban. Rugier pensó á pesar de todo en su noble y generoso amigo y aun abrigó un instante la idea de que Catalina podía permanecer encerrada allí, contra su voluntad. Entonces formó un proyecto que se guardó muy bien de comunicar á sus acompañantes porque quería reservarlo para apelar á él en un caso estremo. Teniendo fé en la justicia de su causa y en lo noble de su arriesgada empresa, trató primero de ponerse en manos de la Providencia y obrar con toda la calma posible.

Los que le acompañaban se acercaron á él como

deseosos de inquirir la resolucion que pensaba adoptar.

Lauriga sacudió entonces el peso de sus meditaciones y dirigiéndose á ellos les dijo:

—Estais dispuestos á ayudarme en todo lo que sea necesario?

—Sí, respondieron todos á la vez; estamos dispuestos á participar de la suerte que pueda caberos y á salvar á ese pobre señor: si es necesario verteremos por vos y por él la sangre de nuestras venas.

—¡Gracias! mis buenos amigos, respondió Rugier con profunda emocion, gracias vuelvo á decir; pero antes de recurrir á los medios violentos, es preciso ver si estos pueden evitarse. Vuestras vidas son para mí un precioso depósito que ha puesto en mis manos vuestro amo el generoso D. Lope; las estimo mucho mas que la mia propia y quiero si ser puede, que no os esponga en modo alguno; prefiero mejor apelar á la astucia y ver si con ella podemos adelantar mas. Ea pues! adelante, amigos míos; adelante y no olvideis mis instrucciones.

(Se continuará.)

Solucion del geroglífico anterior.

Las cartas roban la vida, la paz y los dolores.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

